

rápida floreciente Cremona, que creyó llegado el momento oportuno de reconciliarse con sus antiguos adversarios y de asegurarse por mucho tiempo el papel principal, encargándose para ello de la dirección de aquella guerra de la independencia.

Los lombardos habían pagado muy caras sus insensatas luchas intestinas, pero la terrible lección sufrida no había dejado de producir honda impresión. Bajo el peso de la dominación extranjera, habían comprendido lo que valían la libertad y la unidad nacional que con ella podía conseguirse. Respetando los derechos de cada uno, crearon una organización que les permitía defender y conservar la libertad común. En 8 de marzo de 1167, Cremona, Mantua, Bérgamo y Brescia,—estas dos últimas habían sentido no hacía mucho tiempo el peso de la mano del monarca,—firmaron

una alianza para protegerse mutuamente y negociar una paz entre el papa y el emperador. Sus deseos eran conservar la fidelidad al emperador y obtener el restablecimiento del estado de cosas que había existido en tiempo de Conrado III, restableciendo por completo la Constitución consular. El día 4 de abril reunieron los plenipotenciarios de las cuatro ciudades con los representantes de los milaneses, los cuales desde que se había iniciado el movimiento de independencia habían tenido que sufrir lo que no es decible bajo la tiranía de su podestá, el conde de Dietz. La antigua enemistad desapareció; Cremona conservó su situación de directora del movimiento y entre las dos ciudades, en otro tiempo tan enemigas, firmó un tratado por cinco años. El convenio fué solemnemente jurado en 7 de abril en el congreso de Póntida,—convento situado entre Bérgamo y Lecco,—



Bula de oro del emperador Federico I en el documento fechado en Wurzburg el 26 de junio de 1168, que confirma el poder archiducal para el obispado de Wurzburg

Anverso: busto del emperador colocado en la cúpula de un edificio con tres pequeñas torres; lleva en la cabeza la corona con cintas adornadas con perlas; en la mano derecha tiene el cetro en forma de azucena, en la izquierda, la bola del imperio con la cruz. Inscripción: FREDERICVS DEI GRA ROMANORVM IMPERATOR AVGVSTVS.—Reverso: un edificio con siete torres, cerrado por un muro; entre las almenas se lee AVREA: en la puerta arqueada de la torre central ROMA. Inscripción: ROMA . CAPVT . MVNDI . REGIT . ORBIS . FRENA . ROTVNDI (según Heffner).

en el cual se acordó que los milaneses volvieran a su ciudad y que esta fuese reconstruida. Antes de terminar el mes de abril pudo esto llevarse a cabo con el auxilio de los ciudadanos de las ciudades aliadas, quedando Milan repoblada y de nuevo puesta en estado de defensa, a cuyo efecto se reconstruyeron sus fosos y sus murallas. Este acontecimiento produjo gran impresión: ¡el mayor triunfo del emperador, el que más trabajo le había costado conseguir, quedaba completamente destruido! La alianza se extendió rápidamente; Ferrara entró en ella, y la misma Lodi, tan imperialista, tuvo que aceptarla después de un sitio de corta duración. Piacenza siguió el ejemplo de las demás, de modo que la situación de Federico en la Lombardia se apoyaba solo en unas pocas ciudades, entre ellas Pavia y Como, que todavía no podían prescindir de su pasado. Simultáneamente con esto se operó una profunda reacción religiosa, y los partidarios del antipapa tuvieron que dejar sus sedes episcopales, a las cuales volvieron los alejandrinos.

Federico presenció impasible todo esto: presa de un error funesto, creía que su principal adversario era Alejandro III y pensaba que una vez vencido el papa, la rebelión lombarda podría ser fácilmente sofocada; pero precisamente la rebelión tenía hondos raíces y de ella dependía el resultado de la lucha religiosa. El emperador permaneció mucho

tiempo delante de Ancona, aliada de los griegos, y desde allí, con una parte de su ejército, se dirigió a la Pulla, para atemorizar al reino de los normandos, donde al rey Guillermo I había sucedido su hijo, llamado también Guillermo, que era todavía menor de edad. Reinaldo de Colonia, acompañado del canciller Cristian, marchó con un segundo ejército sobre Roma, ocupó a Túsculo, y aunque fué atacado allí por los romanos, logró derrotarlos, y entonces envió a buscar al emperador para que, aprovechándose de la impresión producida por esta victoria, atacara a Roma. En efecto, Federico se presentó delante de esta ciudad el 24 de julio y comenzó a sitiarse después de haber levantado el sitio de Ancona. La iglesia de San Pedro, convertida por los defensores en castillo, fué tomada por asalto: su pórtico fué devorado por las llamas y en cuanto a su interior quedó profanado con la lucha y la efusión de sangre. Los romanos se decidieron entonces a entablar negociaciones, conviniéndose en que los dos papas, Alejandro y Pascual III, se retirarían y que la Iglesia, siguiendo todas las reglas de derecho, elegiría un nuevo pontífice que habría de ser por todos reconocido. Alejandro protestó, pero en vano, pues los romanos cansados de guerra no tenían deseo alguno de seguir sacrificándose por la Iglesia. El papa entonces huyó secretamente de la ciudad y fué a refugiarse entre los normandos, fuga que facilitó a los ro-

manos la pronta inteligencia con el emperador, mostrándose dispuestos a reconocer a Pascual III. El día 30 de junio entraron este y el emperador en la ciudad, pudiendo por fin el antipapa sentarse en el verdadero trono de San Pedro. De sus manos recibió Federico I con gran pompa, en 1.º de agosto, la corona imperial, y los hombres a quienes debía este triunfo, y entre los cuales figuraba en primera línea el arzobispo de Colonia, se vieron colmados de beneficios. Pero tanta ventura fué de corta duración: en efecto, mientras los delegados imperiales se ocupaban en hacer jurar a los romanos el tratado de sumisión, estalló en el campamento, situado delante de la ciudad, una enfermedad originada por el calor canicular y por las lluvias, que tomando rápidamente grandes proporciones presentó en pocas horas el carácter de verdadera peste. Era imposible permanecer en aquel sitio: únicamente una pronta retirada podía salvar al ejército, pero la peste le siguió, matando a grandes y a pequeños, que fallecían por los caminos. Cada nuevo caso aumentaba el horror de los sobrevivientes: el orden comenzó a quebrantarse, la disciplina se perdió por completo y todos procuraban avanzar en su marcha lo más rápidamente posible para evitar la muerte que les perseguía. En poco tiempo sucumbieron uno tras otro los obispos de Praga, Colonia, Ratisbona y Espira, poderosos auxiliares de Federico en la administración de Italia; el día 14 de agosto falleció el poderoso Reinaldo de Colonia, que en todo tiempo se había atraído las miradas de amigos y de enemigos; que había sido celebrado como el principio, medio y fin del imperio; que en los últimos años fué en mas alto grado que Federico el alma de la política alemana, atrevida hasta la temeridad, sin alcanzar por esto grandes simpatías, y que llegó a ser molesto a sus colaboradores por el despotismo con que obligaba a los más resistentes a seguirle. No exento de ambición, y poco escrupuloso en la elección de medios para satisfacerla, fué un representante de la diplomacia maquiavélica, como lo demuestra el papel ambiguo que representó en Alemania mientras desde Italia dirigía la oposición contra los Welfos. Muchos que estaban cerca de él guardaron de Reinaldo imperecedero recuerdo por la majestad y la amabilidad de su persona, por su ilustración y por su elocuencia. No menos terribles efectos produjo la peste entre las filas de los príncipes laicos, pero de estos ninguno fué tan llorado como el joven, bello y noble duque de Suabia Federico IV, primo del emperador y esposo de la hija que Enrique el León había tenido de su esposa zahringa. También falleció el joven Welfo VII, último vástago de la rama germano-meridional de los Welfos. Los que sobrevivieron llevaron consigo, en vez de rico botín, acémilas cargadas con los despojos mortales de los que habían fallecido, para darles sepultura en su patria. Aunque puede ser exagerada la cifra de dos mil bajas, a la que algunos hacen ascender las sufridas por el ejército imperial desde que salió de Roma hasta que llegó a las fronteras lombardas, es positivo que los soldados que entraron en Pavia no eran más que restos miserables y extenuados del ejército, gente imposibilitada de luchar que ningún temor podía inspirar a los lombardos. Mas trascendental que las pérdidas materiales era la derrota moral sufrida por el emperador. Su fracaso desastroso en el momento mismo en que había pensado triunfar, en Roma, de Alejandro III y dominar a la Iglesia, pareció a los contemporáneos, y no a los alejandrinos solamente, un castigo divino. Comparóse la suerte que la peste romana había deparado al triunfante emperador con la que habían tenido Senaquerib, rey de Babilonia, y los suyos delante de Jerusalén, y los partidarios de Alejandro notificaron con júbilo al mundo entero el milagro que Dios había hecho en ellos y en su héroe.

ESTADOS DE OCCIDENTE

Pero Federico no era hombre a quien un fracaso, por terrible que fuera, hiciera apartar de la senda que hacía años había emprendido. En su soberbia, hizo frente a la mala fortuna, y redoblando su energía procuró enmendar en Lombardia la falta que había cometido al despreciar el movimiento que allí había estallado. Para ello mostróse infatigable en la pequeña guerra que hizo contra los distintos miembros de la alianza cuyo centro era Cremona, a los cuales tenía constantemente en jaque y molestaba haciendo desde Pavia correrías en todas direcciones. Sus escasas fuerzas no le permitían otra especie de lucha. La proscripción lanzada contra los lombardos no hizo en estos impresión alguna, antes al contrario las tres distintas ligas de Cremona, Verona y Venecia se agruparon, formando una sola y grande alianza, que en vano procuró el emperador desarmar por medio de proposiciones de paz y por tratados especiales que fueran privándola, ora de uno, ora de otro de sus miembros. Furioso é impotente tuvo que presenciar detrás de los muros de Pavia cómo aquella alianza iba haciéndose cada vez más poderosa y más extensa y cómo a ella se unían sus propios partidarios. Los lombardos, bajo la impresión del triunfo por ellos y por la Iglesia conseguido, construyeron durante la primavera de 1168, en las pantanosas llanuras que se extienden entre el Tanaro y el Trebia, una fortaleza protegida por grandes terraplenes y destinada a defender el camino de Milan a Génova, tan importante para el aprovisionamiento de las grandes ciudades, y a obstruir la vía de Borgoña a Italia, que era la que parecía debía seguir en lo porvenir el emperador, pues que los demás caminos de los Alpes iban a parar a territorios de las ciudades aliadas. Esta fortaleza, baluarte de la independencia común, recibió el nombre de Alejandría, en honor del pontífice. Federico podía dar, pues, por perdida la Italia, y en cambio el pontificado contaba por seguro su triunfo cuando el emperador, convencido al fin de la insuficiencia de sus medios, evacuó el territorio en 1170 y se retiró, con precipitación que parecía una fuga, a Borgoña atravesando el Monte Cenís. En su crueldad implacable hizo ahorcar de los árboles del camino a los rehenes de las ciudades que le habían abandonado, y a duras penas pudo evitar la muerte que, en su corta permanencia en Sussa, le tenían preparada los indignados habitantes de esta ciudad.

Los efectos de la catástrofe ocurrida durante el verano de 1167 se sintieron en Alemania: los cimientos sobre los cuales Federico había asentado desde un principio su monarquía, comenzaron a vacilar. La situación de Enrique el León era sumamente crítica: sus esfuerzos para someter a su dependencia a los obispos y condes de la Sajonia oriental, que estaban directamente sometidos al rey, y para hacer allí su ducado tan poderoso como era en Westfalia, le habían atraído muchos y furiosos enemigos. Ya en 1167, mientras el emperador luchaba contra Roma, los príncipes del Este de Sajonia, secretamente incitados y dirigidos por Reinaldo de Colonia, habían tramado contra Enrique una sublevación general que a duras penas pudo sofocar. El hecho de que el emperador se pusiera decididamente a su lado le había proporcionado una tranquilidad momentánea. Mas temible era todavía la oposición eclesiástica, cuyo centro era el arzobispado de Salzburgo, que utilizando lo favorable de su situación firmaba alianzas con Hungría y Constantinopla por un lado y por otro con los adversarios italianos. En castigo de sus aficiones alejandrinas, el emperador no dejó en paz a esta archidiócesis, entregándola al saqueo y a toda clase de violencias; mas a pesar de estas atrocidades no consiguió ver allí reconocido al nuevo antipapa que había sido elegido a la muerte de Pascual III. Por el contrario, la



alianza de sus enemigos se presentaba cada vez mas fuerte y compacta: Alejandro era reconocido en todas partes como papa legítimo, y fué imposible lograr, como el emperador lo intentó de nuevo, que Inglaterra abandonara su causa, á pesar de que Enrique el Leon, en medio del fragor de la lucha de 1167, se casó con Matilde, hija del rey inglés. La reconciliación de Enrique II con Tomás Becker, de Cantorbéry, y el asesinato del arzobispo, de resultas del cual el rey, sobre quien recaían sospechas de complicidad en tal delito, tuvo que hacer grandes esfuerzos para captarse el favor de la Iglesia, quitaron á Federico toda esperanza por este lado; de suerte que se encontró completamente aislado, al paso que en el mismo imperio se aumentaba el número de los que en alta voz pedían la paz con la Iglesia y de los que veían en las luchas con los lombardos una desastrosa dilapidación de las fuerzas nacionales.

Federico I, sin embargo, no pensó en ceder: su honor estaba empeñado en esta lucha; así es que apenas restablecido el orden mas indispensable en el agitado imperio, pasó de nuevo los Alpes (setiembre de 1174) con un ejército muy reducido y compuesto en su mayor parte de servidores de la casa Staufen, sin que le acompañara ninguno de los poderosos príncipes del imperio. Al llegar á Lombardia encontró las cosas peor que habían estado en 1154: Pavía, los marqueses de Montferrato y los condes de Biandrate, que habían esperado auxilio hasta el último momento y permanecido fieles á la causa del emperador, habían sucumbido ante la superioridad de fuerzas y se habían visto obligados á entrar en la liga lombarda; y aun cuando á la sazón algunas ciudades y varios magnates volvieron á unirse al emperador, la situación de este no mejoró de un modo notable. Federico concentró todas sus fuerzas para atacar á Alejandría; pero el sitio, comenzado á fines de octubre de 1173, continuaba sin éxito en abril de 1174, cuando se presentó un formidable ejército aliado lombardo para hacerlo levantar. Federico le salió al encuentro, y el arzobispo Cristian de Maguncia, que entretanto había luchado victoriosamente en Romagna, acudió también allí apresuradamente. A mediados de abril encontráronse frente á frente los dos ejércitos en Montebello, y todos esperaban la batalla decisiva cuando, no sabemos cómo, se entablaron negociaciones pacíficas: parecía como si los lombardos se hubieran espantado ante la idea de una batalla campal, ó trataran de apelar desde un principio á la traición para desarmar al emperador por medio de hipócritas protestas de paz. Los de Cremona fueron primero los mediadores y luego los árbitros, conviniéndose una especie de proyecto de tratado que, basado en las exigencias por ambas partes formuladas, resolvía algunos puntos litigiosos. Las dos partes beligerantes prometieron, respecto de las cuestiones sobre las cuales no se llegó á un acuerdo, someterse al arbitraje de Cremona. A Alejandría solo se le concedió un armisticio, pues el emperador se negó enérgicamente á reconocer á esta ciudad los derechos de miembro de la alianza. Era tan seguro el éxito, que los lombardos, como si la paz fuese ya cosa resuelta, depusieron las armas y se sometieron solemnemente al emperador, mientras este, á su instancia, invitaba á la curia á que se adhiera á la paz y recibía, en Pavía, suntuosamente á los embajadores del papa. Indudablemente las dos partes se equivocaban acerca de la importancia de las diferencias que habían quedado aun por zanjar y que constituían los puntos capitales del conflicto. Los lombardos querían que se garantizase su libertad, pedían al emperador el reconocimiento de Alejandro III y exigían que Alejandría, encarnación de la alianza con la Iglesia, que había sido elevada á la categoría de obispado, entrara también en la paz con pleno derecho como miembro de la alian-

za. La negativa del emperador hizo que la resolución del asunto fuera confiada á los cremoneses, cuya sentencia merece ser justamente calificada de imparcial. En efecto, esta sentencia, si bien,—conforme á las doctrinas siempre defendidas por los lombardos,—solo concedía al emperador, respecto de las ciudades, los derechos que Enrique V había poseído, y por tanto reconocía como justa la autonomía republicana de las municipalidades, en cambio dejaba al imperio completa libertad de acción en lo tocante á la lucha con la Iglesia, de suerte que no se le pudiera obligar á que reconociera á Alejandro. El emperador, sin embargo, no podía molestar á ninguna ciudad por sus tendencias alejandrinas. Por lo demás, Alejandría se sometería al emperador, concesión que se creyó necesario hacer en honor de este. No sabemos que Federico formulase protesta alguna contra la sentencia dictada por Cremona, que era tan mesurada como justa, pero los lombardos, en cambio, declararon que no podían someterse á ella; y así se rompió la paz convenida en Montebello.

Ignoramos los motivos que produjeron este inesperado cambio, pues que respecto del principal objeto de la larga lucha contra Federico, se concedía á los lombardos todo cuanto habían exigido. Que rechazaran el convenio por lo que á Alejandría tocaba no es de suponer, pues para resolver esta dificultad se hubiera encontrado fácilmente, lo mismo entonces que después, un medio conveniente. Si no quiere aceptarse,—y para esto no hay razón alguna,—que los lombardos representaron desde un principio una farsa, mintiendo deseos de paz y firmando el pacto de Montebello con el intento de quebrantarlo y de vencer por medio de una infame traición al emperador, que después de licenciado el ejército había de encontrarse desamparado; si no quiere aceptarse esta explicación, no encontramos otra razón que explique la ruptura de la paz por parte de los lombardos mas que la negativa de los cremoneses á obligar al emperador á reconocer á Alejandro III. Entre los lombardos y la curia se había convenido expresamente que ninguna de las dos partes firmaría sin la otra la paz con el emperador, y si este fué en efecto el motivo que había guiado á los lombardos, no se les puede dirigir por ello censura alguna, antes al contrario su resolución debe redundar en honor suyo, pues en su lealtad renunciaban á la ganancia segura que obtenían con el reconocimiento de su libertad en los puntos para ellos mas importantes.

La situación del emperador era mala, pero no desesperada: Federico continuaba siendo para los lombardos un enemigo temible y podía esperar que al reanudar las hostilidades tendría fuerzas mas considerables que hasta entonces, pues después de los últimos sucesos cabía que reclamara el auxilio de los príncipes del imperio. En este sentido, enviáronse cartas y mensajeros á Alemania, donde unas y otros fueron muy bien acogidos: Felipe de Heinsberg, sucesor de Reinaldo en la archidiócesis de Colonia, trabajó personalmente por los intereses del emperador y le dió la esperanza de recibir refuerzos en el verano de 1176, hasta cuya fecha le era fácil sostenerse con los auxilios de sus aliados italianos, sobre todo cuando Cremona se había separado de la alianza lombarda. En esto, llegó la noticia de que Enrique, duque de Sajonia y de Baviera, se negaba á tomar parte en la expedición á Lombardia; el emperador entró en negociaciones con el Welfo, cuyo auxilio le era tan necesario, pero este persistió en su negativa, y así transcurrió el invierno de 1175 á 1176. Los demás príncipes se aprestaban para la campaña y el duque de Sajonia no cambiaba de modo de pensar, en vista de lo cual Federico decidió entenderse personalmente con él. El emperador y el duque, que entonces residía en Baviera, se

avistaron en la frontera germano-italiana, probablemente en Chiavenna, pero se separaron sin haber podido formular un proyecto de avenencia. El Welfo permaneció, pues, alejado del teatro de la guerra de Italia, y es probable que el emperador no pudiera censurar en absoluto los motivos de su negativa, pues el hecho de haber negado su ayuda no le fué imputado como un crimen al duque y nadie le echó la culpa de la catástrofe que á poco ocurrió.

En marzo de 1176 se rompieron las hostilidades; mientras el belicoso Cristian de Maguncia invadía la Pulla y tenía en jaque á los normandos, Federico, con los contingentes de las ciudades lombardas aliadas suyas, salía de Pavía y se dirigía al Norte hácia Como, subiendo luego por la orilla del lago Mayor para reunirse con las tropas alemanas que le llevaban Felipe de Colonia, Wichmann de Magdeburgo, Conrado de Worms, el conde Felipe de Flandes y otros. Esta excursión se llevó á cabo felizmente, engañando á los lombardos. El ejército imperial, que solo constaba de cuatro mil hombres, debía invadir desde el Norte el territorio de Milan para unirse delante de esta ciudad con los de Pavía, procedentes del Sur. Entonces las milicias milanesas empuñaron las armas y en número de doce mil hombres se agruparon al redor del *carroccio* ó coche de la bandera, y salieron al encuentro del emperador, uniéndoseles muy pronto los contingentes de las ciudades aliadas. El 29 de mayo, cerca de Legnano, se encontraron con el emperador, procedente de Bellinzona; Federico, creyendo que muy pronto los de Pavía sorprenderían por retaguardia al enemigo, decidió emprender el ataque, contra el parecer de los príncipes, que le aconsejaban esperar la llegada de los otros refuerzos. Los imperialistas se lanzaron de repente sobre un destacamento explorador enemigo, que se vió sorprendido y obligado á refugiarse al lado del grueso del ejército milanés. Este, dividido en cinco cuerpos, no pudo resistir el choque de los imperialistas, envalentonados con el primer éxito; en sus filas cundió muy pronto el desorden y parte de sus tropas emprendió la fuga á Milan. El combate, sin embargo, continuó alrededor del *carroccio*, defendido heroicamente por un grupo de guerreros milaneses. Entonces los imperialistas se vieron detenidos en sus embestidas; el combate estuvo un rato indeciso; los fugitivos tuvieron tiempo de rehacerse, y auxiliados por tropas de refresco que les enviaron de Milan, volvieron á la carga y se lanzaron, los triunfantes defensores del *carroccio* los primeros, con furioso ímpetu contra los alemanes, que comenzaban á desbandarse. Entablóse entonces una lucha cuerpo á cuerpo, en la cual Federico vió caer á su lado á su portaestandarte, y él mismo fué arrojado de la silla á consecuencia de una lanzada. Cuando los lombardos, que habían regresado al campo de batalla, renovaron el ataque por vanguardia y retaguardia, los alemanes huyeron á la desbandada y no pensaron mas que en salvar sus vidas. Los fugitivos, que tantas bajas habían tenido, se dirigieron apresuradamente al Tesino, en cuyas aguas muchos encontraron la muerte, siendo muy pocos los que, extenuados y desanimados, lograron llegar á Pavía. El emperador, sin embargo, no había sucumbido; habíasele dado por muerto y la emperatriz se había vestido de luto, cuando Federico se presentó una noche en la puerta de palacio. Separado de los suyos á causa del desorden de la fuga, había conseguido con unos pocos compañeros librarse de la persecución del enemigo vencedor y llegar por extraviados caminos á Pavía.

Brillante había sido ciertamente la victoria conseguida por los lombardos, pero la jornada de Legnano no era decisiva, y la situación de los vencedores ni siquiera era tan favorable como en la época del tratado de Montebello, pues el emperador, lejos de pensar en la paz, solo pensaba en reunir

nuevas fuerzas para renovar la lucha y llevarla á feliz cima. Federico no dió paso alguno cerca de los lombardos ni de su aliado el papa. ¿Cómo podía esperar que estos le hicieran proposiciones de paz aceptables, después que las ciudades habían rechazado la sentencia arbitral de Cremona para ellas tan ventajosa? La sangrienta jornada de Legnano no tuvo, pues, consecuencias políticas; no llevaba sobre las otras muchas batallas análogas que durante aquella larga guerra se habían librado, mas ventaja que el haber sido el combate mas encarnizado y las pérdidas mas numerosas.

El movimiento de paz que no querían los mas de cerca interesados, vino de otra parte. Los príncipes eclesiásticos alemanes, los hombres que mas habían sufrido los peligros y trabajos de la gran lucha político-eclesiástica y que en cierto modo habían consagrado á ella su existencia, los compañeros y en parte discípulos de Reinaldo de Dassel,—entre ellos Wichmann de Magdeburgo, Felipe de Colonia y Conrado de Worms,—declararon al emperador que no estaban dispuestos á continuar por mas tiempo su política eclesiástica y á sacrificar los intereses de la Iglesia alemana en aras del impotente é indigno antipapa, y pidieron que se firmara la paz con Alejandro III, que se restableciera el orden en la Iglesia alemana y que se le dieran garantías contra las agresiones de los príncipes laicos, á las que parecía completamente abandonada, como lo demostraban las violencias cometidas por Enrique el Leon con los obispos sajones, los bárbaros tratamientos á que se veía sometida la archidiócesis de Salzburgo y otros deplorables hechos de los últimos tiempos. Solo con estas condiciones se manifestaron dispuestos á proporcionar sus ricos recursos á Federico para la lucha contra los lombardos. El emperador se vió puesto en una alternativa que apenas le permitía vacilar: era impotente para continuar la lucha contra los lombardos con solo sus recursos propios, como lo habían demostrado cumplidamente los últimos sucesos; de los príncipes laicos, ó por lo menos de los principales de ellos, á quienes había ya relevado de sus deberes para con el imperio y el emperador, no había que esperar sacrificio alguno; de suerte que si quería vengarse de la jornada de Legnano, si deseaba imponer de nuevo el yugo á los lombardos, no le quedaba mas recurso que acudir á los medios económicos y militares de la Iglesia alemana. Pero esta no podía tomar sobre sí tal carga sin rendirse y sin destruir por completo su situación, harto perjudicada ya, á menos que no se le aseguraran sus bienes y sus derechos, tan quebrantados por el cisma, lo cual no podía conseguirse mas que volviendo al seno de la Iglesia comun. Si se tiene en cuenta el pasado de aquellos hombres que á la sazón casi negaban su obediencia al emperador, y si se consideran los brillantes servicios que á la causa imperial prestaron durante muchos años, será forzoso, al tratar de explicarse el cambio que en su política se operó, excluir todo mezquino motivo personal y atribuirlo únicamente á la triste situación de la Iglesia alemana, situación que no podía prolongarse por mas tiempo. Esto varió por completo el estado de cosas; así como en Montebello Federico se había manifestado dispuesto á renunciar á los acuerdos Roncalios y á satisfacer las exigencias de los lombardos para poder dirigir todas sus fuerzas contra la curia romana, después de la declaración de los obispos alemanes se vió obligado á abandonar al antipapa y á firmar la paz con la curia para poder seguir luchando contra los lombardos. Ya se comprenderá que esto había de costarle mucho, pues un acuerdo con el pontificado, no solo en consideración á los recuerdos del pasado,—basta recordar el juramento de Wurzburg,—sino por lo que se refería á importantísimas cuestiones de principios, no podría menos de imponerle mayores sacrificios de